



¿UNA NUEVÁ CONTRARREFORMA CATOLICA?

Ricardo Lombardi S. J.

Desde hace algunos meses me encuentro de nuevo en Roma, después del más largo viaje de mi vida por doce naciones de América Latina, y he aquí que se me ofrece la ocasión de tornar nuevamente a la Argentina, al menos por escrito. En realidad lo hago con mucho gusto, feliz de conversar una vez más con un pueblo tan profundamente católico.

El asunto al cual debo referirme me ha sido sugerido por un artículo a propósito de la más reciente actitud de la Iglesia en Italia y particularmente en Roma, del cual se han ocupado, hace algunas semanas, periódicos de gran circulación, hasta el extremo de descubrir en eclesiásticos y laicos católicos bien identificados, el sueño de una "renovada teocracia" e incluso el peligro del retorno al "más negro medioevo".

La cuestión es, empero, tan interesante que me parece necesario buscar la respuesta más bien en las luces de la historia que en los reductos de la crónica. Para comprender la hora actual, hay que observarla a lo largo del curso de los siglos, no ya en unos años o acaso en unos meses, y es oportuno ilustrarla con altísimos principios filosóficos.

*"Dios puede permitir el mal en el solo caso
de que de él pueda derivarse el bien".*

Es como un relámpago en el cielo gris de hoy, grávido de amenazas, principio de indestructible optimismo que va suscrito por cada uno de los credos en la existencia de Dios: Dios puede permitir el mal en el solo caso de que de él pueda derivarse un bien. Pensar de otra manera sería lo mismo que suponer la posibilidad de un fracaso o insipiencia en el gobierno divino. Lo que en otras palabras equivaldría a negar al mismo Dios. Es un absurdo imaginar que Dios permita en el universo el mal, sin ningún resultado bueno en el seno de la realidad: esto, de hecho, equivaldría a una fracaso divino: Dios, en tal caso, no sería Dios.

Brilla tal principio como un relámpago y la historia ha sido muchas veces iluminada por él. Apliquémoslo, por ejemplo, a un caso particular del pasado. Un día permitió en la historia, la llamada reforma protestante: naciones enteras, católicas desde hacía muchos siglos, quedaron separadas de la unidad de la Iglesia. Fué un mal gravísimo, una herida pavorosa en el cuerpo de la Iglesia, con daño para las almas. Basta pensar que, por efecto de aquel corte, Alemania, Inglaterra, los Estados Unidos de América están todavía separados de la unidad de la verdadera fe debida al

Hijo de Dios y privados del uso de varios sacramentos, por El instituidos para nuestra salvación, y se podrá medir el daño que aquélla herejía provocó. ¿Cuál ha sido el bien que Dios ha sacado de ello?

No es posible dar una respuesta satisfactoria a esta pregunta, en tanto no veamos descubierto por Dios mismo, el desarrollo de todos sus planes. Pero, católicamente, no es, acaso difícil dar una respuesta parcial. Al menos, una parte buena del fruto obtenido fué, ciertamente, la revisión completa que la Iglesia se vió obligada a realizar sobre sí misma, bajo el estímulo de aquel terrible ataque. Había decaimiento en la disciplina eclesiástica; había alejamiento habitual de muchos pastores con respecto a su diócesis; había, incluso, corrupción en algunos conventos... Y la Iglesia, en su contra-reforma, culminada en el concilio de Trento, decretó la propia renovación general. De esas consecuencias benéficas puede afirmarse que vivimos hoy todavía. Una floración de santos fué suscitada por el Espíritu de Dios, en las filas del clero y de los simples fieles: fué como una inmediata y maravillosa primavera que preparó una copiosísima cosecha de frutos, madurados para la eternidad, a través de varios siglos de vida religiosa enfervorizada.

“La Iglesia está obligada a socorrer a la humanidad sin Dios, gimiendo en un gigantesco desfallecimiento, al precio de enfervorizarse de nuevo ella misma”.

Desde entonces, empero, han pasado cuatrocientos años y no es difícil reconocer ahora una nueva ofensiva, todavía más radical que aquélla protestante, ligada con múltiples y sucesivos ataques contra la esposa de Cristo. Aquí, en realidad, no encaja el nombre de “reforma” ya que directamente, se ha atendido más bien a la destrucción de la misma iglesia, de toda confesión cristiana, incluso de todo sentimiento religioso. Son elementos de tal ofensiva el liberalismo del siglo pasado; el laicismo del estado, la apostasía de la cultura, en el sentido de lo divino; y, finalmente, en nuestros tiempos, el comunismo materialista, como doctrina de masas. ¿Cuál será el bien que Dios quiera sacar de todo ello, a la luz optimista del providencialismo en que creemos?

No puede haber duda. Ha de venir un bien para las almas, tan grande que pueda compensarlo del inaudito mal permitido por la Providencia. Bien, que habrá ser capitalizado en forma de enriquecimiento espiritual de la Iglesia, ya que para la salvación de las almas esta es la única vía. Podemos estar de ello seguros: del azote de estos asaltos, ahora seculares, a la Esposa de Cristo, la Providencia quiere que se derive una reanudación íntima y abundante de fervor, en las filas de los hijos de Dios.

Por otra parte, también el plan estratégico elaborado por Dios, para triunfar en su propósito sublime, se puede considerar ahora patente. La humanidad sin Dios está gimiendo en un gigantesco desfallecimiento que

la Iglesia está obligada a socorrer con todos los medios a su alcance, reparando el desmembramiento de las familias, de las clases, de las naciones. Pero, ¿cómo? A precio de enfervorizarse de nuevo ella misma cuanto sea posible. Más espíritu de pobreza entre los suyos, más comprensión para los míseros, más humildad, más justicia, más caridad, más celo. En tanto que el totalitarismo exalta la tiranía desenfrenada, nosotros debemos proclamar el ejercicio moderado de la autoridad y su respeto, como representación de Dios; mientras el liberalismo desencadena el egoísmo, nosotros debemos tremolar el estandarte de la sincera solidaridad; a la vez que el comunismo predica la igualdad en el odio, nosotros debemos enseñar el misterio de la fraternidad humano-divina; contra la pasión que clama por el amor libre, nosotros hemos de oponer la revelación del carácter sagrado de la familia y cantar sus purísimos goces. A todo mal moderno va opuesto el triunfo de una virtud.

Este es el plan divino de la segunda contra-reforma católica, si es lícito usar esta palabra ante actitudes que no han sido verdaderas reformas —ni aun siquiera de palabra— sino esfuerzos encaminados a una radical eversión. Y he aquí, a mi modesto juicio, la espléndida hora con que nos encaramos. Los tiempos obligan a la Iglesia católica, esposa de Cristo-Dios, a re-examinarse a sí misma, a mejorarse, a renovarse: ha de responder con un regimiento de santos, y después con una reorganización sistemática, al grito de los sin Dios. La palestra más próxima en que hay que apoyarse es la serie de problemas materiales agudizados y no resueltos por los que no creen en Dios ni en la eternidad; pero la victoria plena exige providencialmente una profunda renovación espiritual por nuestra parte.

“En la Iglesia, cuanto hay de organización humana debe ser puesto a revisión, sin excepción alguna”.

En tal cuadro veo y entiendo el valor absolutamente histórico de la exhortación del Papa a los romanos el 1º de febrero de 1952. Allí se leen frases como éstas: “hay un mundo que va hacia su ruina”; “es todo un mundo que precisa rehacer, desde sus cimientos”...

Y todavía: “Nos (el Papa) nos sometemos al arduo oficio de ser heraldos de un mundo mejor; es preciso un esfuerzo de todos sin evasión de nadie: el clero y el pueblo, las autoridades, las familias, los grupos, cada uno en particular, en el frente de la renovación total de la vida cristiana”. En particular, Roma ha de ofrecer el ejemplo: ella “recibe en este siglo la aureola de ser promotora de la salvación común en un tiempo en que tan opuestas fuerzas contienden el mundo”.

Pequeños periódicos y más pequeños periodistas han visto en esto un ataque macizo del Vaticano a la vida política italiana. Después han creído descubrir que acaso la empresa era mucho menor. No han com-

prendido que es infinitamente mucho más grande. El Santo Padre ha dado el "visto bueno" oficial a la reanudación sistemática de nuestra campaña por el bien de la humanidad. Van enfervorizándose los corazones con un soplo grande del Espíritu, y en la Iglesia cuanto hay de organización humana debe ser puesto en revisión, sin excepción alguna. Detenida y concienzuda revisión, para que todos los aspectos se renueven, en consonancia con las nuevas necesidades.

En otros artículos se podrá, eventualmente, ilustrar con ejemplos algunos de los sectores que deberán ser afrontados por los católicos para un resaneamiento general de la vida humana: de la justicia social al problema de la familia; del principio de autoridad hasta el derecho al trabajo... Nosotros, católicos de Roma, estamos ya empeñados a fondo en tal proceso, pacíficamente revolucionario, y no será difícil resolver algo en uno u otro aspecto.

Por ahora baste reiterar que la Iglesia pretende movilizar todas las fuerzas para hacer frente a la caótica situación en que se encuentra el género humano. Y precisamente en tal esfuerzo —que, en concreto suena, necesariamente, como un llamamiento de tantas y tantas almas a su propia santificación consistirá el bien que Dios extraerá del drama en que vivimos. También una vez logrado, enriquecerá la tierra y, al mismo tiempo, se depositará, capitalizado, en el banco del cielo.

Me siento profundamente optimista sobre la hora presente. Un optimismo apriorístico me lo inspira la fe en la providencia; un optimismo fundado en la observación de los hechos me lo inspira el trabajo interno que ha comenzado a notarse en la Iglesia, aquí, en Roma.

Ricardo Lombardi-A

Roma 1952